



**Discurso pronunciado en la
Alameda de esta capital por el
ciudadano Andrés Quintana Roo
el 16 de septiembre de 1845,
solemne aniversario del glorioso
Grito dado en el pueblo de
Dolores por los inmortales
Héroes de la Patria, en 1810**

En medio de esta solemnidad augusta, consagrada al recuerdo del mas grandioso acontecimiento de nuestra historia, quisiera, señores, hallarme revestido de aquella dignidad religiosa, con que los pontífices de la antigüedad, al resplandor del fuego sagrado, escitaban el entusiasmo del pueblo, hablándole de las glorias de la patria, á los pies de las estátuas de sus dioses. Esta ceremonia santa, que formaba parte de las instituciones políticas, no tenía solamente por objeto alimentar el orgullo de las naciones con la memoria, necesariamente grata y envanecedora; de los grandes hechos que las habian fundado y esclarecido: su espíritu mas útil, mas elevado y mas patriótico, se dirigia á inspirar y mantener siempre encendido en los corazones de los ciudadanos el deseo de seguir los insignes ejemplos a que debían su engrandecimiento y prosperidad; porque el aplauso que no va acompañado de una decidida voluntad de imitación, es por lo mismo estéril é infructuoso.

No lo ha sido, no lo será ciertamente el producido por la institución de nuestra fiesta cívica, cuya influencia en los progresos de la opinión y en la mejora de nuestro estado social, es cada día de una evidencia mas palpable. Una reunión de ciudadanos á que son indistintamente admitidos cuantos pueden presentar por título su amor á la independencia; es decir, la universalidad de los nacidos en nuestro suelo, acoge en su regazo los diversos partidos, los opuestos intereses, las diferentes creencias políticas en que necesariamente hemos debido dividirnos antes de consolidar la grande obra de nuestra emancipación. Animados de un solo unánime sentimiento, hombres que se creian colocados en posiciones incompatibles, absortos en la contemplación del grande objeto que los congrega, se admiran, al verse juntos, de haber sido por algun tiempo enemigos; y ofreciendo

ante el altar de la patria la oblación de sus resentimientos, juran no ser mas que mexicanos regidos por unas mismas leyes, que ellos han de dictar en sus asambleas. De aquí las reconciliaciones sinceras, las íntimas alianzas políticas y el olvido de las hostilidades pasadas.

Esta comunicación cordial de todos los ciudadanos, purificando las costumbres de la aspereza intratable con que las degrada el rencoroso desvío inseparable del espíritu de partido, tan contrario en sus efectos al espíritu público, presta el mas firme apoyo á la obra de la legislación, que como consecuencia de su empresa y para su entera consumación y acabamiento, nos dejaron encargada los insignes varones que en 1810, desde el oscuro rincón de una humilde parroquia, intimaron á nuestra imperiosa metrópoli que habia cesado para siempre su antigua dominación y señorío. Cesó en efecto á pocos años, sin esperanza en ella, ni temor el mas remoto en nosotros de verla algún dia restablecida. Tal es el irrevocable decreto de la Providencia.

Más la ejecución de este decreto retardada por la obstinada lucha que en once años sostuvo el desvalido patriotismo contra el inmenso poder de los dominadores, se presenta á nuestra vista como el resultado inmediato de los primeros esfuerzos que se hicieron para obtenerla. Así es indispensable apreciar el mérito de estos esfuerzos comparándolos á la magnitud de los obstáculos con que fueron combatidos.

Entre todas las revoluciones que han cambiado la faz de los Estados, ninguna como la nuestra apareció en su origen menos favorecida de las circunstancias para ser coronada de un éxito feliz. Verdad es, que el nervio del poder residente en la metrópoli, quebrantado por la invasión simultánea de sus provincias europeas, por la ocupación de su misma capital y el destronamiento de la dinastía reinante, brindaba con la mejor oportunidad de romper los lazos de la dependencia; pero los nudos que la formaban ecsistian en los constitutivos mismos de nuestra sociedad compuesta toda de elementos que parecia imposible tocar sin condenarse á las convulsiones y estragos de una indefinida anarquía. Tres siglos de ecsistencia colonial destituida de todos los medios de adquirir la aptitud necesaria para gobernarnos algun dia, no eran la mejor preparación para proclamar de súbito una independencia que, trastornando las basas de la antigua constitución, no dejaba ver un solo punto de apoyo en que hacer descansar las que en su lugar debian sustituirse. No era nuestra situación la de nuestros vecinos del Norte, pobladores de

un terreno vírgen sin mezcla de razas heterogéneas nacidas de una conquista esterminadora, que la espada había perdonado, y que solo la espada podía mantener la sumisión y dependencia. Los colonos ingleses desde su voluntario establecimiento en América habían disfrutado los beneficios de una sabia constitucion que dejaba en sus manos el manejo de sus propios negocios, los cuales discutian en sus congresos, en sus tribunales populares; y en los cuerpos administrativos donde se adquieren los hábitos y las prácticas del gobierno. Esta ciencia experimental, que nada tiene de infusa, no solo era desconocida entre nosotros, sino que estaba anatematizada como instrumento de rebelión, pudiendo con verdad asegurarse que todo el secreto de la administración española consistia en tenernos privados de toda intervención en los asuntos públicos, cubiertos siempre á nuestra vista de un velo impenetrable. Un procónsul con el nombre de virey, revestido como un otro yo del monarca, de todo el aparato y la realidad de su poder: un real acuerdo que á semejanza del senado de Venecia, deliberaba en las tinieblas del secreto, y las autoridades inferiores dependientes de estas y ejecutoras maquinales de sus oscuras resoluciones, solo eran á propósito para perpetuar el reposo sepulcral de la servidumbre indispensable para atestar los galeones y las flotas con los millones de nuestras minas. La masa de la población, inerte é inanimada, recibía pasivamente el impulso de la pequeña oligarquía peninsular donde se conservaba tradicionalmente el espíritu de los antiguos conquistadores que habian dado á su organizacion política la direccion conveniente para hacerlo depender todo de sí; por manera que no pudiese faltar la accion de su poder sin la ruina y total eversion del estado. Los medios de subsistencia, las esperanzas de adquirirlos, el comercio, las posesiones territoriales, las minas, los empleos, las tropas, ¿qué no estaba al arbitrio de los opresores? ¿Y cómo era posible arrancarlo de sus manos sin conmovir los cimientos mismos del edificio social? Imperfectísimo como era, si no estaban creados los materiales de otro menos defectuoso, mas propio parecia de una prudencia calculadora esperar el tiempo de su nacimiento, que precipitar la disolución de la sociedad con una revolucion intempestiva.

Los mas sinceros y desinteresados amigos de nuestro bien nos aconsejaban constantemente esta conducta, sin desconocer no obstante la justicia de los motivos que podiamos alegar para sacudir el yugo de la dependencia. El ilustre baron de Humboldt, cuyo nombre oírá siempre la América con benevolencia y respeto, decia pocos años antes del sacudimiento de Dolores, que al establecerse los europeos en medio de los pueblos agrícolas, se aprovecharon de la superioridad

que les daba la preponderancia de sus armas, su astucia y la autoridad de conquistadores. "Esta particular situación (continúa) y la mezcla de razas con intereses diametralmente opuestos llegaron á ser un manantial inagotable de odios y desunion. A proporcion que los descendientes de los europeos fueron mas numerosos que los que la metrópoli enviaba directamente, la raza blanca se dividió en dos partidos entre los cuales ni aun los vínculos de sangre pueden calmar los resentimientos. El gobierno colonial creyó, por una falsa política, poder sacar partido de estas disensiones. Quanto mas grandes son las colonias tanto mas desconfiado carácter toma el gobierno. Segun las ideas que por desgracia se han adoptado siglos hace, estas regiones lejanas son consideradas como tributarias de la Europa; se reparte en ellas la autoridad, no de la manera que lo ecsige el interes público, sino como lo dicta el temor de ver crecer la prosperidad de los habitantes con demasiada rapidez. Buscando la metrópoli su seguridad en las disensiones civiles y en una complicación de todos los resortes de la máquina política, procura continuamente alimentar el espíritu de partido y aumentar el ódio que mutuamente se tienen las castas y las autoridades constituidas." Y en otra parte añade el mismo autor: "el mas miserable europeo, sin educacion y sin cultivo de su entendimiento, se cree superior á los blancos nacidos en el Nuevo Continente y, sabe que con la protección de sus compatriotas y en una de tantas casualidades como ocurren en parages donde se adquieren las fortunas tan rápidamente como se destruyen, puede algun dia llegar á puestos cuyo acceso está cerrado á los nacidos en el país, por mas que éstos se distinguan en saber y en calidades morales. Los criollos prefieren que se les llame americanos, y desde la paz de Versalles, y especialmente desde 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: Yo no soy español, soy americano: palabras que descubren los síntomas de un antiguo resentimiento. Una sábia administracion (concluye) podria restablecer la armonía, calmar las pasiones y resentimientos y conservar, acaso por mucho tiempo, la union entre los miembros de una familia tan grande y esparcida en Europa y América desde la costa de los Patagones hasta el Norte de la California."

Es, señores, muy digno de observación que para remedio de los males que con tanta esactitud y filosofia enumera el inclito viajero crea posible la adopcion de un sábio gobierno colonial, sin proponer ni indicar siquiera el recurso de un independencia absoluta que seguramente se presentaba á su vista rodeado de peligros y dificultades sin cuento. No se ocultaron tampoco a la penetración de los heróicos caudillos suscitados por la Providencia para desmentir las

mas fundadas conjeturas de la política: ellos conocieron la inmensa gravedad de la empresa á que se lanzaban y se resignaron a los costosos sacrificios que les imponía el sagrado deber de salvar la patria. Sintiéndonse llamados, por una vocacion especial, á tan sublime ministerio, y como predestinados á la gloria de llenarlo dignamente, no fueron parte para hacerlos retroceder ni el aparato aterrador de la fuerza armada, ni el clamor de las preocupaciones alarmadas, ni los anatemas de la religion, sacrílegamente prodigados.

Los grandes recursos militares que una dominacion de tres siglos, tranquila, pero desconfiada siempre, habia acumulado bajo el poder de los opresores, se desplegaron con increíble rapidez para sofocar los primeros esfuerzos de la generosa insurrección, triunfante al fin en tan desigual y tremenda lucha. Al principio se creyó bastante el amago, como en la sublevación de los esclavos de los escitas, que superiores en número á sus despiadados señores, huyeron despavoridos á la vista sola del látigo con que estos acostumbraban castigarlos; pero el campo de las Cruces, el inesperado encuentro de Aculco, la heroica defensa del puente de Calderon, estos primeros ensayos de un valor inesperto, pero indomable, hicieron conocer á los españoles que habian pasado los tiempos en que la ilusion y el prestigio de su nombre bastaban para mantenernos en la eterna inmovilidad á que nos tenian condenados. El impulso estaba ya dado; nada era capaz de contenerlo: los mismos hombres que en la inspiracion de un ardiente é irresistible patriotismo habian puesto en agitacion los gérmenes de vida que se desarrollaban, no habrian podido amortiguarlos, aun cuando por un retroceso, inconcebible en su situacion, se hubiesen empeñado en la ruina de su propia obra. La nacion entera la habia tomado á su cargo, y sus destinos no dependian de la suerte de sus gefes ni de los incidentes fortuitos de un combate. Así el desastre de Calderon, la retirada que fué su consecuencia, la sorpresa de Acatita de Bajan y la ejecucion sangrienta con que, saciando su venganza, se jactaba el sañoso ibero de haber puesto un término á la revolucion, avivaron mas y mas las centellas de este fuego inestinguible que ya se habia diseminado por todos los puntos de nuestro vasto territorio. Apenas ejecutados los primeros generales, Rayon humilla en los Piñones al insolente orgullo de los enemigos: un puñado de indios indisciplinados y casi inermes destrozán en Zitácuaro las brillantes divisiones de Torre y Empanan, y levantan en aquella villa el trofeo inmortal que hizo mas glorioso la impotente rabia con que algun tiempo despues quiso el despechado Calleja hacerlo desaparecer, empleando casi todas las fuerzas reunidas del gobierno. Al mismo tiempo el inmortal Morelos, ence-

rrado en el Veladero, empieza la admirable carrera de sus triunfos, apoderándose del campamento inespugnable de París por uno de aquellos felices ardidés que solo pueden ocurrir á los genios nacidos con el instinto del arte de la guerra. La nación toda, reanimada con la nueva de tan señalada victoria, saluda agradecida á su nuevo campeón que, vengador invicto de los mas sagrados derechos, hace espiar á los enemigos los crímenes con que los hollaban, sin dejarles gozar en paz el espectáculo, tan grato á sus ojos, del cadalso en que habian derramado, cobardes y amedrentados, la ilustre sangre de nuestros primeros héroes.

Por todas partes se levantaban partidas que aunque incapaces en sus principios de sostener acciones en regla, mantenian en una saludable fermentacion el espíritu del pueblo, multiplicaban los embrazos del gobierno, cortaban sus comunicaciones, interceptaban sus correos, tenian en continua alarma sus pequeñas guarniciones, y le obligaban á emplear grandes fuerzas para los mas pequeños servicios. En tan apurada situacion, las ventajas parciales que obtenia, lejos de producir resultados decisivos, daban nuevo aliento á los patriotas que adquirian en sus mismas derrotas la esperiencia necesaria para evitarlas en adelante, pudiendo con verdad decir que siendo muchas vencidos, aprendian á ser vencedores; y así se vió en multiplicados encuentros, despues de las primeras dispersiones, desplegarse todos los recursos de la táctica por hombres que sin antecedente instruccion aprendian el ejercicio en el campo de batalla. Dígalo, entre innumerables casos que pudieran recordarse, las llanuras de Otumba en que el bizarro Montañó por término de un combate obstinado y tenaz, hizo morder el polvo á la florida division que lo habia provocado, dejando con vida solo al capellan que vino á dar el parte de tan completo desastre. Las reuniones armadas, divididas y subdivididas en pequeños cuerpos, cuya continúa movilidad las ponia fuera del alcance de los enemigos, llegaron á reducir á la capital á un estado de sitio que dificultaba estremamente la entrada de las provisiones necesarias á su numerosa poblacion. Entretanto, el terror inspirado por las medidas sanguinarias con que las desatentadas autoridades imaginaban suplir ó fortificar la debilidad de sus fuerzas, aumentaba los estragos de la guerra, dando al mismo tiempo un grado indecible de escaltacion á la indignacion pública, que privaba de toda autoridad moral á los rigores ejercidos contra los patriotas. Las cárceles gemian henchidas de presos los mas ilustres y distinguidos, y los patíbulos levantados con inaudita crueldad en todas las poblaciones, fueron mas de una vez manchados con la sangre de víctimas inocentes como para advertirnos que

no eran vanas amenazas las que salian de las bocas de los opresores. Morelos entretanto batia ó se burlaba del grande ejército de Calleja, en el asedio memorable de las Amilpas: la junta de Sultepec organizaba sus pequeñas fuerzas y se disponia á la resistencia de Tenango, vencida es verdad por la superioridad del número y la mas grande de la disciplina, pero tan honorífica para los vencidos, como ignominioso el triunfo para sus contrarios los que se entregaron á excesos de crueldad que renovaron las escenas espantosas de la conquista. Mas allá el intrépido Villagran ponía en agitacion á un inmenso territorio que sostuvo por tanto tiempo con increíbles prodigios de valor, hasta que conducido por la traicion al glorioso altar del martirio, unió su sangre á la de su propio hijo que rehusó redimir al vil precio de un vergonzoso rendimiento, dejando eclipsada con tan generoso sacrificio la hazaña tan justamente celebrada del defensor de Tarifa, que en el héroe mexicano, doblemente meritoria, se vituperó como acto de barbarie por una de aquellas inconsecuencias que no puede disculpar ni el desconcertado aturdimiento del espíritu de partido.

Otros muchos nombres que ya la historia ha grabado en sus fastos, reclaman en este dia, consagrado á su culto, el homenaje de nuestro reconocimiento, débilmente expresado en la renovacion anual de su memoria. Matamoros, Galeana, Guerrero, Bravo, Victoria, Muzquiz, Terán, y tú, Mina generoso, que con tan escasos medios y superior á las serviles preocupaciones que al parecer debian contener, no escuchaste mas voz que la de la justicia que te llamaba á la defensa de la mas gloriosa de las causas, vosotros todos en quienes se continuó la sucesión de héroes nacidos en Dolores, y que justificasteis las esperanzas que los animaron al intentar la mas difícil de las empresas, la de libertar á un mundo entero, gozaos desde la morada inmortal donde viven cercados de esplendor eterno los defensores de su patria, al ver colmadamente satisfechos los ardientes votos que se oyeron salir de vuestra boca al ecshalar el último aliento. ¿Cuál fuera hoy sin vuestros sublimes sacrificios la suerte de la nacion atada al carro de la España, ya pacientemente sometida al despotismo monacal, el mas degradante de todos, ya agitándose inquieta en las sangrientas convulsiones de la anarquía demagógica? Apenas nuestra conquistada independencia quedó incontrastablemente afirmada, una reaccion cruel, apoyada en un ejército extranjero, proscribió hasta los últimos vestigios de las instituciones liberales, restableciendo en toda su horrible plenitud el poder absoluto terminado solo con la vida del monarca: su abominable cetro pugnó por extenderse á nosotros, y llegó hasta las orillas del Pánuco, confiado y seguro de un triunfo que convirtió en vergonzoso rendimiento el valor de nuestros

guerreros, animados del mismo espíritu que inflamó á los campeones de Dolores. Siguióse una guerra intestina, mas de principios que de sucesión, en que los dos partidos implacables que han dividido la España, se disputaron encarnizadamente el poder, destrozándose unos á nombre de un iluso pretendiente, otros bajo los banderas de una reina que invocó, bien aconsejada y dirigida, los principios de libertad, estos principios sacrosantos que son la pasión mas ardiente y pronunciada de nuestro siglo. En esta lucha desoladora, si aun hubiésemos sacudido la coyunda de la dependencia, puede con verdad asegurarse que las autoridades españolas encargadas de conservar á la metrópoli estas ricas posesiones habrían proclamado legítimo el partido de D. Carlos, como mas conforme á sus miras de subyugación y tiranía, al mismo tiempo que al contrario bando con mejores títulos en favor de su derechos hubiera enviado fuerzas para sostenerlos, como en los años de nuestra primera insurrección, los dominadores de Cádiz, liberales hasta la anarquía, despacharon sus mejores tropas para apoyar el visirato de los vireyes. La consecuencia inevitable de este estado de cosas no podía ser otra que la agravación del yugo europeo cada vez mas difícil de romper en medio del menoscabo de la población, de la ruina de la riqueza pública y de todos los principios de la prosperidad que va desenvolviendo aunque con lentitud é insensiblemente, el influjo de la libertad. Compárese nuestra situación actual, por desconsolada y melancólica que quiera figurarse, con la que tendríamos sometidos á los vacilantes gobiernos de España, que ya hemos visto lo que saben hacer en el corto resto de sus posesiones ultramarinas regidas por códigos excepcionales que aquí no pudieran adoptarse por la extensión del país, su riqueza, el carácter de sus habitantes, su ilustración y un conjunto de circunstancias particulares que en nada nos asemejan á los pobladores de la Habana, contenidos por el temor del levantamiento de los negros. Así lo ha reconocido la misma España, abjurando los principios de su antigua política, y reconociendo solemnemente la independencia misma proclamada en Dolores, cuyo triunfo celebramos en este día para no olvidar jamás a los inmensos sacrificios á que la debimos, ni la gloria de sus inmortales autores. Ellos al mismo tiempo que calcularon las resistencias que habían de encontrar, previeron que el incontrastable esfuerzo empleado para vencerlas, iría quebrantando el poder que la oponía incapaz de sostener por mucho tiempo el impulso de una nación entera empeñada en darse una nueva existencia política. No lo dudemos: la independencia nació de causas inevitables: ella habría venido mas tarde ó mas temprano; pero fué determinada por los héroes de Dolores, á quienes debemos colocar en la clase de aquellos hombres privilegiados que añaden alguna cosa á

la fatalidad misma, son su mas activo instrumento y dividen con ella su imperio. Sin las causas antecedentes no se concebiria la accion de estos hombres; pero sin estos hombres las causas parecerian por sí mismas insuficientes, y serian alejadas en sus efectos. Este es el fundamento del mérito que en ellos se reconoce, de la superioridad que los eleva sobre el comun de sus conciudadanos, y de la justicia de las recompensas que obtienen. Los pueblos todos, por una especie de instinto irresistible se han convenido en mirarlos como á los bienhechores que la Providencia ha escogido entre ellos, para la ejecucion de sus designios de misericordia. Las instituciones, los establecimientos públicos, toda la economía social lleva el sello de esta conviccion, que da á las demostraciones con que las expresan aquel carácter de popularidad y franqueza, vanamente solicitado por los tiranos en la pomposa etiqueta de sus ceremonias; destinadas á perpetuar la memoria de la servidumbre y á fortificar los sentimientos de abyección y envilecimiento que son su mas sólido apoyo, jamas logran el asenso de los corazones, ni arrancan un solo signo de aprobacion que salga de ellos sin violencia. En los tiempos mas tranquilos de la conquista española, el aniversario del 13 de Agosto, instituido por real cédula, pasaba casi desapercibido del pueblo, y el ridículo aparato con que el pendon cruzaba las calles en mímico paseo se miraba como una especie de farsa oficial representada solamente por la grave y desdeñosa aristocracia. ¡Cuán diferentes nuestros regocijos nacionales en que el pueblo todo, reunido espontáneamente por los mas sublimes motivos, se entrega sin desorden á los transportes de la mas viva alegría! Traigamos á la memoria el aspecto melancólico y severo que presentaba esta capital la tarde del 12 y la mañana del 13 de Agosto, y cotejándolo con la noble ecsaltacion que nos anima en esta fiesta verdaderamente democrática; hagámonos muy merecedores de tan señalados beneficios, besando agradecidos la mano omnipotente que nos los dispensa.

Indicios seguros de su soberana proteccion vemos resplandecer en las circunstancias que felizmente han concurrido á realzar el esplendor de este dia en que un hijo esclarecido de la patria, elevado por la reunion de todos sus votos al sublime honor de regirla, recibe el depósito sagrado de la voluntad pública en medio de las efusiones inesplicables de gozo con que celebramos el memorable 16 de Septiembre. Así lo ha querido la ley, que en la designacion de este dia para la instalacion del supremo magistrado (feliz presagio de la prosperidad de su gobierno) ha llevado sin duda el alto designio de identificar en cierto modo su gloria con la de los primeros promovedores de nuestra independencia, sancionando así el mere-

cido concepto de las amables y benéficas virtudes que le adornan, y veremos con admiración brillar en el magnífico espectáculo de la libertad pública, de los grandes intereses que ella produce, de las nobles pasiones que escita, y de las recompensas que prepara.